

Pensar fronteras desde las fronteras

Alejandro Grimson

La expansión del uso de conceptos como «identidad», «alteridad» y «frontera» ha sido contemporánea a ciertas modas teóricas que, en contextos muchas veces críticos para la investigación académica, han sustentado una política que en algunas ocasiones llegó a provocar la indignancia respecto de la rigurosidad de los datos y la interpretación. De hecho, en el camino para deconstruir las visiones esencialistas de la nación, la etnicidad, la clase y el género, a veces se ha caído –al menos en ciertos lugares– en retóricas posmodernas encerradas en un desierto empírico.

Una gran parte de los investigadores ha respondido a esta «nueva ola» sencillamente con su persistente dedicación. Aquí, he elegido comentar otra alternativa, escogida por diversos antropólogos e historiadores que asumieron el desafío de pensar las fronteras culturales, simbólicas, desde las fronteras territoriales y políticas. Es decir, la alternativa de buscar contribuir a una teoría de las fronteras simbólicas, así como a una teoría de la relación entre Estado, nación y sociedad, a partir de densas etnografías e historiografías de las mismas fronteras interestatales. Como estos trabajos son muy diversos, aunque en gran medida aún poco conocidos, he elegido dos compilaciones que sintetizan los estudios de una veintena de investigadores (sabiendo que muchos otros quedan fuera de este comentario).

No se trata, por cierto, de tematizar las fronteras estatales, ya que las mismas retóricas que criticamos también lo han hecho. Se trata de *ir* a las fronteras estatales con una perspectiva abierta que permita detectar y comprender no solo la multiplicidad y mixtura de identidades, sino también sus distinciones y conflictos. Disputas culturales en los confines del poder. Y si muchos de los investigadores que *han estado* y *han pensado* las fronteras realizaron contribuciones significativas es porque nuestras sociedades han sido, hasta hace pocos años atrás, estudiadas predominantemente desde sus respectivos centros. Sin embargo, la periferia puede tener una ignorada centralidad.

Generalmente tiende a considerarse el proceso de «nation-building» como un proceso desde «arriba» hacia «abajo» y desde el «centro» hacia la «periferia» (incluyendo las fronteras). Sin embargo, recuperar la dimensión de agencia de las propias poblaciones fronterizas –en lugar de universalizar su supuesta «resistencia» al Estado-nación– puede revelar que, en muchos casos, hay una dialéctica entre «arriba» y «abajo». De ese modo, las regiones de frontera a menudo tienen un impacto crítico en la formación de las naciones y de los Estados. Las comunidades fronterizas –muestran Wilson y Donnan– pueden ser agentes de cambios sociopolíticos significativos más allá de su localidad e incluso más allá de su Estado.

Cada zona fronteriza, en el proceso histórico de su propia delimitación y en el proceso social de renegociación y conflictos constantes, conjuga de un modo peculiar la relevancia de la acción estatal y de la población local. Por ejemplo, en la frontera franco-española parece haber un contraste entre el caso de los Pirineos occidentales (con una fuerte intervención estatal, analizada por Douglass) y la activa participación local en los Pirineos orientales (analizada por Sahlins). La contribución de Sahlins, es necesario destacar, trasciende el debate sobre tal o cual caso empírico. Frente a una visión reiteradamente victimizadora de las poblaciones locales (no sin razones, por supuesto), su aporte principal consiste en mostrar que los fronterizos pueden y deben ser vistos como agentes de su propia historia. Aunque de hecho existe una asimetría estructural entre ellos y sus respectivos Estados, es claramente ingenuo suponer que las poblaciones estaban allí unidas y viviendo en armonía cuando las fronteras cayeron sobre ellas. En Cerdeña la frontera divide a una población que hablaba la misma lengua y apelaba a tradiciones comunes, y que, sin embargo, se involucró activamente y fue determinante en su propia división.

Por ello, el estudio antropológico de las comunidades fronterizas es simultáneamente el estudio de la vida cotidiana del Estado, de las poblaciones y de las relaciones entre ambas. Las relaciones entre nación, Estado y cultura son sumamente problemáticas. A pesar de que para mucha gente los tres conceptos «comparten las mismas propiedades de integridad, unidad, linealidad de tiempo y espacio, y distinción», dicen Wilson y Donnan, es fundamental demostrar que en la inmensa mayoría de los casos no existe ninguna correspondencia entre ellos. Para estos autores el Estado es «simultáneamente una forma cultural objetivizada y subjetivizada». Las instituciones y los agentes del Estado se conciben a sí mismos como entidades objetivas con objetivos definidos. Si solo se analizan

representaciones deconstruidas del Estado su realidad será negada, mientras que en las fronteras sus poderes se encuentran «monumentalmente inscritos». El Estado existe y el *territorio* es de las primeras condiciones de esa existencia.

Al mismo tiempo, no hay una concordancia precisa entre Estado y nación. Las relaciones entre poder e identidad en las fronteras y entre las fronteras y sus Estados respectivos son problemáticas –dicen Wilson y Donnan– precisamente porque el Estado no puede siempre controlar las estructuras políticas que establece en sus extremidades. Las fuerzas de la política y la cultura, posiblemente influidas por fuerzas internacionales de otros Estados, le dan a las fronteras configuraciones políticas específicas que hacen que las relaciones con sus gobiernos sean extremadamente conflictivas. Más aun cuando se plantea el caso –como el de Irlanda del Norte estudiado por Wilson– de que el régimen de las fronteras culturales compita con el de las fronteras estatales.

Las fronteras son espacios de condensación de procesos socioculturales. Esas interfases tangibles de los Estados nacionales unen y separan de modos diversos, tanto en términos materiales como simbólicos. Hay fronteras que solo figuran en mapas y otras que tienen muros de acero, fronteras donde la nacionalidad es una noción difusa y otras donde constituye la categoría central de identificación e interacción. Esa diversidad, a la vez, se encuentra sujeta a procesos y tendencias. Paradójicamente, cuando se anuncia el «fin de las fronteras» en muchas regiones – como muestra Driessen para las fronteras de Europa con Africa– los límites devienen más poderosos.

En las fronteras la tensión entre legalidad e ilegalidad es parte constitutiva de la vida cotidiana. Las transacciones comerciales entre las poblaciones son consideradas muchas veces como «contrabando» por los Estados mientras es la actividad más natural para la gente del lugar. Puede considerarse la situación – señalada por Kavanagh– de un poblado lusitano-español sobre el que los Estados trazaron una línea tan arbitraria que algunas casas tuvieron, de pronto, su dormitorio en España y su cocina en Portugal. Por supuesto, si al entrar por el frente y salir por el fondo de una vivienda se atraviesa una línea interestatal, las aduanas no tendrán mucho por hacer. Y la policía tampoco, lo que convierte a la frontera en un refugio a veces para delincuentes, a veces para perseguidos políticos.

Varios de los trabajos reunidos en estos volúmenes muestran que en muchos casos las identidades de los fronterizos se procesan en la tensión entre el control del

Estado y la posibilidad de su evasión. Esa tensión puede expresarse en un lenguaje de identidades sexuales y de género. Borneman señala que una vez que se construyó el muro de Berlín, las nociones de masculinidad alemanas de la preguerra que asociaban a «el padre» y al Estado dejaron de funcionar. En Alemania oriental surgieron nuevas identidades vinculadas al género en una dialéctica de «seguridad» y «libertad». Incluso, la ilusión de «cruzar la frontera» podía vincularse a experimentar otros modos de relación que desacataban las normas de género. Por su parte, Stokes muestra que la historiografía nacionalista turca construye las fronteras del país como un acto de paternidad de Atatürk, el «padre de Turquía». Sin embargo, en zonas fronterizas donde el Estado es poco efectivo la masculinidad nacional viril turca entra en crisis en la imaginación popular.

Donnan y Wilson nos advierten acerca del riesgo de subestimar el rol que el Estado continúa jugando en la vida cotidiana de sus propios y otros ciudadanos. El Estado continúa teniendo un rol dominante como árbitro del control, la violencia, el orden y la organización para aquellos cuya identidad está siendo transformada por fuerzas mundiales. Paradójicamente, el mundo de las políticas de identidad desterritorializadas en expansión, afirman, «es un mundo de muchos más Estados y, en algunos casos, más fuertes». Por ello, proponen retornar a una noción de frontera localizada, particularizada y enfocada territorialmente.

Intencionalmente, no he hecho mención a «la frontera» de México-Estados Unidos que ha condensado una gran parte de importantes estudios (como los de Néstor García Canclini o el reciente libro de Pablo Vila *Crossing Borders, Reinforcing Borders*). Por una parte, porque estos trabajos son más conocidos en la región. Por otra, porque en muchos autores (por ejemplo, Robert Alvarez) aún persiste la idea equivocada de que México-EEUU es la frontera por excelencia del mundo contemporáneo, laboratorio de todas las fronteras. El estudio de las fronteras de Europa, África, Asia y los incipientes estudios entre países latinoamericanos muestran que las fronteras del mundo son muy heterogéneas e irreductibles las unas a las otras. Sucede que no solo son diversas las relaciones interestatales, sino también los vínculos entre las sociedades fronterizas y sus Estados nacionales. Cada Estado ha constituido una relación peculiar con la nación, el territorio y la población. En las fronteras, dos formas de entretreídos peculiares entran en contacto. Por lo tanto, para América Latina se encuentra vigente el desafío de «ir a las fronteras», pero no –como en una vieja consigna nacionalista argentina– para

«servir a la patria», sino para revelar cómo las patrias están siendo deshechas y rehechas en sus propios límites.

Sé del riesgo que corren mis argumentos de ser considerados «empiristas». Sé también que «estar ahí» dista mucho de ser una condición suficiente para comprender las lógicas y los sentidos de los confines. Pero decido correr ese riesgo para, simplemente, sostener que si pretendemos quebrar el etnocentrismo –y «centrismo» nunca fue una palabra tan apropiada como para hablar de los márgenes– «estar ahí» continúa siendo una condición necesaria.

Alejandro Grimson: candidato a doctor en Antropología Social (Universidad de Brasilia); becario doctoral del Conicet (Argentina); docente en la Universidad de Buenos Aires. Investiga sobre migraciones, fronteras y otros procesos interculturales; autor de *Relatos de la diferencia y la igualdad* (Eudeba, Bs. As.); *Audiencias, cultura y poder* ([en coautoría con Mirta Varela], Eudeba); *Interculturalidad y comunicación* (Norma, Bs. As.); y *Fronteras, naciones e identidades* (comp.), (Ciccus/La Crujía, Bs. As.).

Referencias

- Thomas Wilson y Hasting Donnan (eds.): *Border Approaches. Anthropological Perspectives on Frontiers*, University Press of America/ Anthropological Association of Ireland, Londres, 1994.
- Thomas Wilson y Hasting Donnan (eds.): *Border Identities*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.